

CARLOS DEL AMOR

Emocionarte

La doble vida de los cuadros



CARLOS DEL AMOR

Emocionarte

La doble vida de los cuadros



© Carlos del Amor, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: Rogier van der Weyden, detalle de *El Descendimiento*
© Museo Nacional del Prado
Diseño de interior: María Pitironte
Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

Créditos fotográficos: © 2020: Album; Oronoz; Photo Scala, Florence; Musée National d'Art Moderne-Centre Pompidou; Gaspard/Scala; The National Gallery, London; The Museum of Modern Art, New York; Photo Fine Art Images/Heritage Images; Kocinski/Album; Christie's Images, London; Erich Lessing/Album; Akg-images/Album; DeAgostini Picture Library/Scala; Bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte, Berlin; Wolfgang Pankoke; Sackville Collection; Museo Nacional del Prado/Photo MNP; The Fitzwilliam Museum, Cambridge; Pushkin Museum, Moscow; The Trustees of the British Museum; Josse-Scala, Florence; archivo autor.

Créditos autores: © Ángeles Santos, VEGAP, Barcelona, 2020; © Heirs of Josephine Hopper / Licensed by Artists Rights Society (ARS), NY/VEGAP, 2020; © Sucesión Pablo Picasso. VEGAP, Madrid, 2020; © Grant Wood, The Art Institute of Chicago, 2020; © Salvador Dalí, Fundació Gala-Salvador Dalí, VEGAP, Barcelona, 2020; © René Magritte, VEGAP, Barcelona, 2020; © Antonio López, VEGAP, Barcelona, 2020; © Charles Bell, 2020; © The Estate of Francis Bacon. All rights reserved. DACS/VEGAP, Barcelona, 2020; © The Munch Museum/The Munch-Ellingsen Group, VEGAP, Barcelona, 2020; © Juan Genovés, VEGAP, 2020; © Foujita Foundation, VEGAP, Barcelona, 2020; © María Blanchard, 2020.

Créditos del poema «Alba», citado en pág. 20: © Herederos de Juan Ramón Jiménez

ISBN: 978-84-670-6377-6
Depósito legal: B. 13.204-2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice general

INTRODUCCIÓN | 13

Ángeles Santos, *Un mundo* | 18

Johannes Vermeer, *La callejuela* | 25

Francisco de Goya, *Perro semibundido* | 31

Suzanne Valadon, *Adán y Eva* | 37

Rembrandt, *Autorretrato a la edad de 63 años* | 43

Salvador Dalí, *Muchacha de Figueres* | 48

Caspar David Friedrich, *Las etapas de la vida* | 54

Utagawa Hiroshige, *Vista hacia el norte del monte Asukayama* | 59

John Singer Sargent, *Retrato de Madame X* | 65

Vilhelm Hammershøi, *Interior en la calle Strand. Luz del sol en el piso* | 71

- Pablo Picasso, *Los pichones* | 77
- Honoré Daumier, *El vagón de tercera clase* | 83
- Rosa Bonheur, *La feria de caballos* | 89
- Gustave Courbet, *El origen del mundo* | 95
- William Turner, *El Temerario remolcado a dique seco* | 102
- Grant Wood, *Gótico americano* | 108
- René Magritte, *Los amantes* | 114
- Diego Velázquez, *Vieja friendo huevos* | 120
- Edgar Degas, *Los bebedores de absenta* | 126
- Claude Monet, *Camille Monet en su lecho de muerte* | 132
- Edward Hopper, *La casa junto a la vía del tren* | 138
- Hendrick van Anthonissen, *Vista de la playa de Scheveningen* | 143
- Antonio López, *Madrid desde Torres Blancas* | 149
- John-Francis Rigaud, *Los tres viajeros aéreos favoritos* | 155

Vincent van Gogh, *La ronda de los presos* | 160

María Blanchard, *Mujer con guitarra* | 166

Clara Peeters, *Bodegón con flores, copas doradas, monedas y conchas* | 172

Charles Bell, *Triple Swirl Fade to Black* | 178

Georges de La Tour, *Magdalena penitente* | 183

Léonard Foujita, *Desnudo reclinado con toile de Jouy* | 189

Anton Van Dyck, *Sofonisba Anguissola* | 194

Giuseppe Arcimboldo, *Las estaciones* | 201

Francis Bacon, *Estudio sobre el retrato del papa Inocencio X de Velázquez* | 206

Edvard Munch, *El beso* | 212

Juan Genovés, *El abrazo* | 218

UN PASEO POR LOS MUSEOS | 223

AGRADECIMIENTOS | 239

ÍNDICE DE OBRAS | 240

FUENTES | 244

Un mundo

ÁNGELES SANTOS

1929

—Pero, ¿de dónde ha salido esta obra? ¿Quién firma este cuadro? ¿Qué es esto? ¿Cómo se titula?

—«El mundo», pone.

—Es inquietante. Es misterioso.

—Tiene tantas lecturas, tantas cosas que mirar, que necesitaríamos el día entero para verlo.

—¡Es exquisito! Mira, mira ahí dentro. ¿Lo ves? Mira esa escena.

—Si Salvador lo viera se desmayaba aquí mismo. ¡Más surrealista que el autoproclamado rey del surrealismo!

—Sí, pero va más allá. Es un sueño completo, es nuestra mente cuando no podemos escucharla. Es como si alguien hubiese podido registrar con exactitud sus propios sueños, o sus pesadillas, y luego las hubiese pintado sin olvidar un solo detalle.

—Es un mundo reconocible y que, sin embargo, no pertenece a ningún mundo que conozcamos. Es el mundo que se esconde debajo del nuestro.

—Mira el humo de esa locomotora que se mete en el túnel. Mira, mira toda esa gente en el cine. ¡Son muchos mundos!

—¡Jajaja! Y estos jugando al tenis. Y los otros, al balompié.

—Y arriba esa ciudad, con sus edificios tan altos llenos de situaciones cotidianas. Y los ángeles, ¡ay!, los ángeles que sobrevuelan. ¡Y qué miedo dan estas madres con el cuerpo alambicado, sin orejas! Son



como seres de otro planeta; ¿las ves?, justo delante, con esas caras, mirándonos sin vernos, claro, porque tienen los ojos cerrados.

—Es absolutamente maravilloso, no puedo dejar de mirarlo. Ese espíritu encendiendo un trozo de madera en el sol. Vamos a ver quién es el pintor.

—¡Anda, es pintora! Se llama Ángeles Santos y acaba de cumplir dieciocho años.

—¿Cómo? Has tenido que leer mal.

—No, no, mira lo que pone en la ficha: «Santos. Señorita Ángeles Santos. Natural de Port Bou. Nacida el 7 de noviembre de 1911. Vive en Valladolid, en la calle Alonso Pesquera número 3».

—Pero, ¡si es casi una niña! ¿Cómo puede alguien tan joven, que vive en Valladolid, llevar ese mundo dentro? Pienso escribirle.

Esa conversación imaginaria la habrían podido tener perfectamente en 1929, en el Salón de Otoño de Madrid, Federico García Lorca, Jorge Guillén y Ramón Gómez de la Serna después de quedar boquiabiertos ante *Un mundo*, la obra de una joven de la que nadie había oído hablar. De hecho, la conversación está tan inspirada en la realidad que todos se cartearon con la artista y terminaron yendo a Valladolid para conocerla.

Ramón Gómez de la Serna escribiría estas líneas después de contemplar o, mejor, admirar el cuadro:

En el Salón de Otoño, que es como submarino del Retiro, náufrago de hojas y barro, ha surgido una revelación: la de una niña de diez y siete años, Ángeles Santos, que aparece como Santa Teresa de la pintura, oyendo palomas y estrellas que le dictan el tacto que han de tener sus pinceles.

Esa niña, que había estado interna en Sevilla, donde ocupaba gran parte de su tiempo dibujando, al regresar a Valladolid compraba todas las revistas de vanguardia que encontraba y no cesaba de preguntar a todo el que tenía cerca sobre las corrientes artísticas que imperaban en Europa. Esa niña que atravesaba la adolescencia daba clases de pintura en casa y un día, leyendo a Juan Ramón Jiménez, se le vino «un mundo» encima:

Se paraba
la rueda
de la noche...
 Vagos ánjeles malvas
apagaban las verdes estrellas.

Una cinta tranquila
de suaves violetas
abrazaba amorosa
a la pálida tierra

Suspiraban las flores al salir de su ensueño,
embriagando el rocío de esencias.

Y en la fresca orilla de helechos rosados,
como dos almas perlas,
descansaban dormidas
nuestras dos inocencias
—¡oh que abrazo tan blanco y tan puro!—
de retorno a las tierras eternas.

Esos versos, esos «vagos ánjeles malvas que apagan estrellas», fueron el fogonazo que despertó en ella la obra que asombraría a la intelectualidad madrileña unos meses después. Ángeles había visto, en fotografía, los trabajos de Miró y de los expresionistas alemanes, así que, con

eso y con su desbordante imaginación, creó un universo propio, algo que parece destinado solo a artistas de mayor edad o con muchas vivencias a cuestas.

Un día, Ángeles le dijo a su padre que iba a pintar su mundo, un mundo, lo poco que había visto. Así que encargaron una enorme tela que trajeron de Madrid y la colgó en su habitación, la observó y se dijo a sí misma que ahora tocaba rellenarla.

Como estaba atenta a todo lo que se cocinaba en el mundo del arte, decidió, por cosas que había escuchado y leído sobre el cubismo, hacer su mundo cuadrado. No hay nada como empezar saltándose una enorme regla. El mundo de Angelita iba a ser como a ella le diese la gana, que por algo era suyo. Poco a poco, los tres por tres metros que llegaron blancos se fueron llenando de vida, de casas sin tejado por las que podemos asomarnos para ver lo que hacen sus habitantes, de extrañas criaturas que pintó por estar obsesionada por todo lo que en aquella época se decía de Marte y de la intención de ir algún día al planeta rojo. También hay soledad y tristeza, hay misterio y muchas preguntas. Es un mundo con muchas capas que la vista va descubriendo y que seduce desde el primer momento en que se tiene delante.

El cuadro lo he visitado frecuentemente y he tenido oportunidad de ver cómo se restauraba en el taller del Museo Reina Sofía. Allí se apreciaban las ampollas, las grietas y los aplastamientos; pude ver las cicatrices de una obra que esconde la historia de una mujer fascinante.

Hasta Valladolid fueron a verla las figuras culturales del momento. En una ocasión, el propio Lorca se presentó en su casa y le autografió el *Romancero gitano*. Más tarde volvería a encontrarse con él en San Sebastián. De esos encuentros Ángeles destaca lo que todo el mundo que ha tenido cerca al poeta cuenta de él: que, sin pretenderlo, Federico era siempre el centro de cualquier reunión. Tenía luz e imán.

En esos años de éxito se produce uno de los puntos de inflexión en la trayectoria de Ángeles, cuando unos agricultores la encuentran deso-

rientada en mitad del campo. Había huido de casa. La familia la ingresa en un manicomio de Madrid, de donde sale al cabo de un par de meses, en parte por la presión ejercida, entre otros, por Ramón Gómez de la Serna, que escribió un artículo en el periódico protestando públicamente por su reclusión y que, según cuentan, llegó incluso a pedir su mano. Pero aquellos meses cambiaron la mirada de Ángeles. Sus personajes se volvieron tenebrosos; sus cuadros, más oscuros.

Fue una época en que, llegó a confesar, solo lloraba, sin saber la razón. Cuadros como *Alma que huye de un sueño* son, de alguna manera, reflejo de aquel tiempo.

Pasaba temporadas sin pintar, pero cuando lo hacía el reconocimiento era considerable. Por no hablar del Salón de Otoño de 1930, el año siguiente a su presentación en sociedad. Entonces se le dedicó una sala en exclusiva, algo que no se había hecho con ninguna mujer. Expuso en París, en Estados Unidos. Su obra también cambiaría, casi definitivamente, después de su matrimonio con el pintor Emilio Grau Sala, con quien tendría un hijo y que, de alguna manera, la sacó de ese universo tan particular que habitaba su cabeza. Fue una historia de amor en dos actos, porque se casaron en 1936, se separaron en la Guerra Civil y terminarían reconciliándose años después.

Cuesta creer que aquella mujer, aquella chica que puso patas arriba el mundo artístico del Madrid de la época, no haya sido más recordada y no sea tan reconocida como su figura merece.

En cualquier caso, logró el sueño que muchos persiguen y no acariagian después de toda una vida, haber dejado como herencia para las generaciones venideras todo un mundo en el que perderse. *Un mundo* es un cuadro ante el que se puede estar horas y horas y descubrir detalles y personajes en cada mirada. Juan Ramón Jiménez, que sin saberlo inspiró ese mundo, describió tiempo después a esta mujer que con una sola obra accedió al olimpo de los elegidos:

Alguno se acerca curioso a un lienzo y mira por un ojo y ve a Ángeles Santos corriendo gris y descalza orilla del río. Se pone hojas verdes en los ojos, le tira agua al sol, carbón a la luna. Huye, viene, va. De pronto, sus ojos se ponen en los ojos de las máscaras pegados a los nuestros. Y mira, la miramos. Mira sin saber a quién. La miramos. Mira.

La mirada de Angelita se apagó en 2013, con 101 años.